

Santander
El primer curso de la primera Universidad
de verano (1933)

José BOTELLA LLUSIÁ

Pronto hará sesenta y tres años, toda una vida. De los maestros de entonces, ya no queda ninguno. Y muy pocos también de los discípulos. Pero tengo que decir, que la huella que dejó en mi espíritu, aquella primera "Universidad de Verano" no se ha borrado todavía.

Hacia dos años, que se había quedado vacío, por la marcha de Alfonso XIII, el Palacio de la Magdalena. Estaba intacto. Todavía en el salón de la Reina, había unos sillones ingleses tapizados de una clara cretona. A la entrada de un aposento del piso bajo, se leía en una plaquita: Excmo. Sr. Duque de Alba y los jardines conservaban su fresca lozanía, sus hortensias y su cuidado césped.

Don Fernando de los Ríos —no sé porque le poníamos el Don como a Unamuno y a Ortega, y no se lo dábamos en cambio a Prieto, Besteiro o Azaña, miembros del gobierno— Don Fernando digo, era ministro de Instrucción pública y decidió hacer una cosa nueva en España: Unos cursos en julio y agosto, en el que alumnos seleccionados y jóvenes profesores auxiliares de los de entonces, conviviéramos con sabios de renombre nacional y mundial. Entre los españoles, recuerdo a Marañón, a Ortega, a Américo Castro, a Jiménez Díaz, a Blas Cabrera, a García Morente y a Xabier Zubiri, que entonces empezaba. Entre los de fuera, había ocho premios nóbeles. Aquello debió costar caro, pero nadie lo discutió.

E idea extraordinaria y genial; el Secretario no era un sabio, sino un poeta, Pedro Salinas, y de adjuntos estaban Emilio Gómez Orbaneja, entrañable amigo que aún anda por ahí tan tieso y el físico Velayos que entonces daba comienzo a su gran carrera científica y universitaria. Los alumnos, fuimos seleccionados por los dos mejores expedientes de los últimos cursos de cada facultad, de todas las entonces escasas universidades españolas. No pasábamos de ochenta y tres entre todos. Pero se admitió también una matrícula barata, para todo el que se quisiese apuntar.

Que el sistema era bueno, se ha probado a posteriori, porque de los becarios de Medicina, que son a los que he seguido más la pista, hemos sido catedráticos de

universidad todos o casi todos. Y no por la influencia política, porque las cátedras las ganamos ya en tiempos de Franco. Recuerdo a Novo de Santiago, a Bonilla de Valencia, a Bullón de Madrid, a Bedoya de Sevilla, a Gascó de Valencia, a Barceló de Barcelona, a Sala de Pablo de Zaragoza y a Eloy López García de Madrid, que es justamente con Bedoya y conmigo, el único que está todavía para contarlo. Y sería interminable hacer la lista de los de Ciencias, Filosofía o Derecho, pero allí estaban también Soledad Ortega, Francisco Indurain, Rosa Chacel y aunque no era ni profesor ni alumno, se pasó casi todo el verano con nosotros Federico García Lorca.

Para vivir los alumnos, habilitaron como dormitorios que resultaban muy confortables y muy bien, las cuadras y cocheras –de un pintoresco estilo inglés– que rodeaban una inmensa pradera de jugoso césped, que era el antiguo campo de polo. Los profesores habitaban en el palacio y se construyó un auditorio que ampliado, existe todavía. Teníamos donde hacer todo el deporte que queríamos; la playa de la Magdalena allí mismo y la del Sardinero no lejos. Había también muchos campos de tenis, en la pradera del polo hicimos atletismo, pero no se por qué no jugábamos al fútbol. El baloncesto, aún se llamaba "basket ball" y apenas tenía aficionados. No sé si por que llovía mucho, o porque eramos cuidadosos, el césped, los arbustos y las flores estaban siempre perfectos. No se veía un papel.

El horario casi no daba por otra parte tiempo para hacer deporte, si acaso un baño de una a dos. A las ocho clase de inglés. Allí eché yo los cimientos del poco inglés que sé. Había también de francés y alemán, pero estos ya los hablaba yo pasablemente. A las nueve desayuno en el gran comedor del palacio y de diez a una había clases. Estas clases eran cursos y seminarios optativos. Cada uno, según su facultad se apuntaba en los que quería. Los alumnos de Medicina, nos íbamos todos al Hospital Valdecilla recién inaugurado, que era por aquel entonces, el mejor de España. Estos cursos del Valdecilla eran también parte de la Universidad. Allí trabajé yo con don Pio del Río-Hortega en el laboratorio de histología. Lo hice dos veranos consecutivos.

La hora de la comida, todos juntos en el gran comedor era una fiesta. La comida no era muy buena y la completábamos con unos botes de una leche pasteurizada que comprábamos en el Sardinero y que se llamaba "Leche SAM". Nunca he bebido tanta leche como aquel verano de 1933. Francisco Vega, Paco Vega el cardiólogo, que también es de los pocos supervivientes de entonces y que era como lo ha sido luego, siempre genial e imprevisible, saturado de Ortega, Morente y Zubiri, hizo un pequeño poema filosófico a la leche SAM

Leche SAN,
je voudrais savoir
what I

y adonde voy,
woher Ich Kam.
Leche Sam, Leche Sam.

En la mesa principal se sentaban los profesores y en dos larguísimas mesas laterales, los alumnos. Después de comer había tertulias y podías a tus veinte años, charlar con Don José Ortega o con Don Gregorio Marañón como si tal cosa. Yo debía ser entonces enormemente impertinente, casi como un jóven periodista de los de ahora.

Pero la gran atracción de aquellos veranos —y digo veranos, porque yo estuve dos, el 33 y el 34— era Xabier Zubiri. Ya estaba entonces secularizado, pero vestía siempre de gris y corbata negra. Era menudo y de aspecto más bien aniñado, parecía casi de nuestra edad. Después de comer, de tres a cuatro, hacíamos con él unos cuantos, tertulia en el salón de la Reina de que antes he hablado. Era un hombre sencillo, asequible y tenía una facilidad para exponer los más complejos temas filosóficos, realmente extraordinaria. Leído, Zubiri, es difícil, o al menos eso me parece a mí, que tengo que leer tres o cuatro veces una página para poder seguir su pensamiento. Pero hablando, era y siempre lo ha sido después, claro como el agua.

A las cuatro, de cuatro a seis o a siete, había lección plenaria, esta para todos, en el gran auditorio. Se trataban temas de todo tipo, en grandes conferencias por las figuras que antes he citado y muchas que he omitido, pues estuvieron también Menéndez Pidal, el mismo Fernando de los Ríos, Jiménez Asúa, Bañuelos Barcia, Baroja, yo que sé. Unamuno no quiso ir. El era así. De profesores extranjeros vinieron el primer año ocho premios Nobel, ya lo he dicho, y el segundo casi otros tantos. Las conferencias o los ciclos de conferencias, pues Ortega habló una semana entera, eran lo que se puede decir tipo "Scientific American" es decir hallazgos recientes de la Ciencia y de la Filosofía, muy poco vulgarizados y a nivel del universitario culto en general. Ninguna concesión ni a la política, como se hace ahora en la UIMP o a la moda y al periodismo como se hacen en el Escorial. El ambiente intelectual era muy puro y muy austero.

A las seis y media o las siete, cuando ya caía la tarde, la gente se iba a jugar al tenis, o a pasear, pero un pequeño grupo nos concentrábamos alrededor de Zubiri y hacíamos sentados en la hierba, un seminario. Estos seminarios, los recordaré siempre con fervor. Tratábamos un tema durante varios días seguidos, hasta que lo agotábamos. Xabier nos hacía preguntas y todos íbamos contestando, apenas influía en la conversación, nos dejaba decir a cada uno lo que queríamos, que a veces estaba bien y a veces eran tonterías. Al final nos rectificaba y nos hacía ver nuestro error. Nos dió también un curso sobre los místicos españoles, que le tomamos en apuntes instituto escueleros Carmen Castro y yo. Los de Carmen eran mejores que los míos y le sirvieron para hacer no sé si un ensayo o un librito. Debe estar en la bibliografía

Zubiriana pero yo no lo tengo. De esos apuntes nació una amistad entre Carmen y Xabier, que terminaría en matrimonio.

El primer año yo fui de becario, es decir, invitado a todo. Pero el segundo año, no podía pedir otra vez la beca, no se podía repetir. Mi padre para premiarme porque en junio de 1934 yo terminé la carrera, me pagó la matrícula del segundo año y la estancia, no ya en la Magdalena, sino en una pensión en el Sardinero. Y yo seguí asistiendo a los cursos.

Aquellos dos años, fueron decisivos en mi formación intelectual. La brillantez, no sólo literaria, sino científica de la España de entonces era increíble. Terminaba ese "Medio Siglo de Plata de la Cultura Española" –de oro diría yo– que es el título que Pedro Laín ha dado al Tomo XXXIX de la Historia de España de Menéndez Pidal. Aquel fenómeno cultural, es difícil de comprender hoy día. Nunca estuvimos los españoles, tan cerca del ápice mundial de la cultura –la de entonces se entiende– como en aquellos años que van de 1905 a 1936. Casi no se comprende, como en aquella España de botijo y alpargata, diez veces más pobre y bárbara –como se había de ver poco después– que la de hoy, podía haber una élite del pensamiento, tan rica y tan creativa.

En Madrid, por la noche, de 9 a 10, por la acera de la Granja del Henar, paseaban los escritores, los artistas, los estudiantes. En aquel café tenían su tertulia, Ortega al salir de la Revista de Occidente, y Unamuno o Valle Inclán al salir del Ateneo. Y en aquella calle repleta de gente que subía y bajaba –"Ezte muherio de hombréz de la Calle Alcalá", en frase de Federico García Lorca– podías cruzarte en una noche, con los que acabo de citar, más Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Jacinto Benavente, Eduardo Marquina y hasta el siempre gruñón Don Pío, que protestaba diciendo que no sabía qué hacía él allí; pero que no faltaba. Y los ocupados Doctores Jiménez-Díaz, Marañón o Pittaluga no desdeñaban darse por allí una vuelta. Sí, verdaderamente, fue un privilegio de mi generación haber vivido la España de aquellos efímeros años.

Volvamos a la Magdalena. Cuando ya agosto acababa, te habías hecho amigo de todos los profesores. Eran unos hombres excepcionales, que parecía, que solo por el hecho de ser tu joven, les interesabas, querían acercarse a ti. Quizá en esto estaba el secreto del "Medio Siglo de Plata". Una tarde, debía hacer calor, porque yo al terminar las clases, me bajé a dar un chapuzón a la playa, allí mismo en la Magdalena. Y me encontré con Berger, un bioquímico inglés, que luego fue Nobel y que en unión de un colega suyo Marrian, acababa de descubrir la fórmula de los estrógenos. El iba, muy inglés, descalzo, remangados los pantalones, pero con chaqueta y corbata. Al saludarle yo respetuosamente al pasar, me detuvo y se puso a preguntarme, qué estudiaba yo. Medicina, le dije. ¿Y qué piensa Vd. ser?. Ginecólogo. –Entonces le

gustará saber que mi colega y yo acabamos de descubrir la fórmula de la hormona del folículo ovárico, la llamamos Estrina. Y con un bastoncillo que llevaba, en la arena húmeda me dibujó la fórmula mil veces repetida después, pero absolutamente inédita entonces de lo que hoy llamamos Estradiol. Yo me quedé absorto y él se despidió con su paso ligero, camino del premio sueco, sin darse cuenta, que con su bastoncillo había grabado en la arena, no solo una fórmula química, sino el destino de un hombre.

Y repasando en el recuerdo, y en el análisis del recuerdo, cuando y como me he formado, tengo que decir que hay tres momentos que han sido decisivos para mi personalidad: Uno de chico, seis años en el Instituto Escuela; otro de estudiante, dos veranos en la Magdalena y ya casi de viejo, cuatro años en el rectorado de la Universidad de Madrid. Pero el cómo y el porqué de éste último, quizá lo cuente otro día.